



LAS ESTACIONES MODERNAS.



Sabido es como personificaban los antiguos las estaciones. Coronaban la primavera de flores. El estío de maduras espigas, el otoño de racimos y el invierno de escarchas. Nosotros preferimos la alegoría del célebre dibujante Felman que ofrecemos á nuestros lectores, y que representa cada estación, por sus trabajos y sus placeres, salvo la pri-

SEGUNDA SERIE.—1860.

AÑO XVIII. 25

mañana que, nada tiene que hacer más que sembrar amores y rosas; y que, como ha dicho muy bien uno de nuestros poetas:

En la estación hermosa de las flores
todo respira amor, y manda amores.

Las tres antiguas civilizaciones, el Egipto, la Grecia y la Italia, no han representado casi el invierno por la agradable razón de que lo han conocido muy poco.

Un grupo de amigos á la mesa, una joven trayendo varias piezas de caza, eran las dulces imágenes del invierno en Atenas y en Roma.

Para dibujarlo entre nosotros tal cual lo gozamos en nuestros días, según las predicciones del astrónomo aragonés, y aun las del observatorio de Madrid y de San Fernando, y de la inmensidad de calendarios que hay ahora que está desestancada su publicación, nuestro dibujante se ha visto muy embarazado para elegir el emblema. Los patines en el hielo, los árboles secos, los campos cubiertos de nieve, los lobos olfateando la puerta de una cabaña ó un ratón cayendo en una sartén en medio de las carcajadas de los que se calientan en la cocina, es uno de los retratos menos áspersos, de esta áspera y cruda estación. Unamos á este cuadro por el corazón, y sobre todo por las obras, la piadosa figura de la caridad cristiana distribuyendo al pobre hambriento y tiritando de frío, las migajas y sobras de la mesa del rico, el dinero de la viuda y la capa de San Martín.

Esto es lo que jamás se olvida en los helados países del Norte. En Noruega y en Islandia en cada casa hay el *cuarto del pobre*. Allí se le alimenta, se le da cama y se le trata bien y se le escucha, pagando el hospedaje con interesantes relaciones, con útiles lecciones y trabajando en hacer los encargos mas difíciles que se le dan. Al mismo tiempo, es el hombre que entretiene y divierte, es el profeta, el mensajero de la familia.

Los suecos extienden su compasión en el invierno hasta los animales. Testigo de esto es, esta linda parábola sueca:

«En el tiempo de las nieves un gorrion llamó con el pico á la vidriera de un aldeano. Le abrieron la ventana, y el pajarito se alimentó de las migas de su mesa.

«Al llegar la primavera le dieron libertad: hizo su nido en el huerto, y cantó alegremente sus deliciosas canciones sobre un árbol.

«Llegado el invierno volvió á entrar en la habitación con su compañera, y los hijos del aldeano preguntaron á su padre: ¿Estos pájaros quieren decirnos algo?

—«Si, hijos míos, os dicen en su language: la confianza necesita la confianza, y el amor produce el amor.»

M. GUZMAN.

PARIS, LONDRES Y MADRID. (4)

XLVIII.

Pero vuelvo mas que á paso al tema del público, ó sea de la *publicidad* aplicada á los productos de la inteligen-

(1) Véanse los números desde enero hasta diciembre del año próximo pasado, págs. 20, 41, 51, 86, 111, 128, 164, 187, 213, 232, 234 y 282, y de este año las págs. 141 y 160.

cia en el órden literario, en el científico y en el artístico, publicidad cuya existencia entre nosotros me he atrevido á poner en duda. A par del alma sentiría que se me acusase por ello de exageración, y más aun, de malevolencia; pero no lo creo. El hecho es demasiado evidente para que no haya saltado á los ojos de todos, como á los míos. Por de pronto, ahí va una autoridad que nadie recusará por incompetente: es de uno de los mas sagaces y profundos observadores de nuestros tiempos, el malogrado Larra. En uno de sus preciosos artículos, dedicado por cierto á una modesta publicación mia, estampa estas amargas cuanto exactísimas palabras: «Escribir y crear en el centro de la civilización y de la publicidad, como Hugo y Lherminier, es escribir, porque la palabra escrita necesita retumbar, y como la piedra lanzada en medio del estanque quiere llegar repelida de onda en onda hasta el confin de la superficie: necesita irradiarse; como la luz, del centro á la circunferencia. Escribir como Chateaubriand y Lamartine en la capital del mundo moderno, es escribir para la humanidad; digno y noble fin de la palabra del hombre, que es dicha para ser oída. Escribir como escribimos en Madrid, es tomar una apuntación, es escribir en un libro de memorias, es realizar un *monólogo desesperante y triste para uno solo*..... Porque no escribe uno siquiera para los suyos..... ¿quiénes son los suyos? ¿quién oye aquí?.....»

Esta era la idea fija de Larra; así es que á cada momento despunta en sus artículos como el quejido del infeliz que se ahoga por falta de aire para respirar. El que busca entre nosotros la publicidad, rema y bracea en seco; pero si en alguno de sus escritos se le escapa el menor desliz, bien puede tener por seguro que de ese desliz hablará todo el mundo. Ciega y muda para la alabanza, tiene en Madrid la pequeña falange literaria ojos de lince para descubrir faltas, y lenguas de hierro para caacearlas. Un disparate populariza á un hombre.

Y sin embargo, es un hecho que hoy en España se lee mucho, puesto que es mucho lo que se imprime. Pasma ver el número de imprentas que hay en Madrid, entre buenas y malas y pésimas; y nuestro comercio interior de libros creo yo que se ha quintuplicado, por lo menos de treinta años á esta parte. En Barcelona especialmente ha adquirido un desarrollo extraordinario. Estamos, pues, en vía de progreso, lo cual ya es algo; resta sólo que procuremos progresar por buen camino, y no por malo. Desde luego considero un gran mal, de incalculable trascendencia, que la inmensa mayoría de los libros que hoy se imprimen en España sean traducciones del francés, y generalmente hablando, detestables. Entre otros inconvenientes, acarrea tres muy graves:—Desvirtúan la genuina índole de nuestro carácter nacional, ó, si se me permite decirlo así, *desnacionalizan* las ideas;—corrompen la lengua, —depravan el gusto.

Si: ante todo y sobre todo, *depravan el gusto*. Esos libracos mal impresos, mal encuadernados, peor escritos, feos y sucios por fuera, más feos y más sucios por dentro, familiarizan á nuestro pueblo con una literatura de pacotilla á que insensiblemente se aficiona, incapacitándole de saborear los encantos de otros libros mejores y necesariamente mas caros. A fuerza de abaratar el género, hemos llegado en punto á libros á los últimos límites de lo malo,

Es la cuestion de las monedas de Sancho, bajo otra forma: es tambien el caso, que ahora recuerdo haber oido referir, de un sujeto que solia surtir de chocolate á ocho reales en una tienda, y que figurándose que el tendero ganaba así demasiado, le preguntó si podría darle otro chocolate á siete.—Sí, señor, respondió el tendero, y se lo dió en efecto á este precio.—¿Y no podría vd. darme alguno de á seis? volvió á preguntarle pocos dias despues. ¿Por qué no? replicó el otro, y se lo dió tambien. Engolosinado el comprador con aquellas rebajas sucesivas, bajó todavía un real y fué servido; mas al pedir que se lo dieran de á cuatro reales, contestó el fabricante:—No es posible; *peor* que de á cinco no se elabora en esta casa.

Peores libros que los que en nuestro país se dan muy baratos (hablo de los recién publicados), no es posible hacerlos. Todo se escatima para su *elaboracion*: se busca el papel mas barato y por consiguiente el mas malo; el impresor y el encuadernador mas baratos, de suerte que lo impreso apenas se puede leer de pura errata, y cada hoja se va por su lado: esto en cuanto á lo material del libro. Pero aun es peor en cuanto á lo moral ó literario, pues como tambien se ha buscado el traductor mas barato, naturalmente se ha dado con el peor, de donde resulta un producto que es, como el chocolate de á cinco, el último límite de lo malo. Creo, pues, sinceramente que nuestro comercio de librería va andando, sí, pero por mal camino; malo para él y peor para el público. Su error estriba en un mal cálculo: nuestros libreros quieren competir con los franceses en punto á baratura, sin considerar que les falta la base en que estos fundan sus especulaciones, que es un gran público, un público-verdad,—en suma, un inmenso número de lectores. Por mínima que sea la ganancia que deje cada uno, el librero que especula contando con ese público, hace una excelente especulacion. En España no puede serlo sino á condicion de que la ganancia obtenida sobre cada comprador sea más que regular, porque su número es siempre muy reducido: por consiguiente, para darle un producto *muy barato*, es preciso que sea *rematadamente malo*. Lo es en efecto de cada cien veces las noventa y nueve.

Barato y malo no tiene gracia, aunque siempre es mejor que malo y caro: el gran problema comercial es dar bueno y barato; pero yo juzgo imposible de resolver este problema con aplicacion al comercio de libros en nuestro país, no solo porque nos falta el numerosísimo público de compradores que se necesitaria para resolverle, sino tambien porque nos faltan otras muchas cosas indispensables para que nuestro comercio de libros sea *verdad*. Lo primero que nos falta es que lo sea tambien la literatura, de cuyos productos se alimenta aquel. Ahora bien; de nada con mas razon que de la literatura puede decirse que entre nosotros es mentira.

Entendámonos: *mentira* como profesion, como manera de vivir. Yo llamo profesion-verdad á la que no solo mantiene con decencia al que la ejerce honradamente y con general aplauso, sino que ademas le deja algunos ahorros para su vejez. La literatura no da este resultado en Madrid; luego la literatura, como profesion, es en Madrid una mentira. Todos nuestros literatos son ademas otra cosa, á menos de que hayan nacido ricos; solo el ejercicio de la literatura dramática, de algunos años á esta par-

te, rinde regulares productos á los autores, merced á la ley protectora de sus derechos (10 de junio 1847); los demas ramos de literatura son cosa perdida, con la sola excepcion de los libros de texto, productivos como todo monopolio. Tambien hay que exceptuar algunos buenos libros de devocion, que se venden mucho; no hablo de los malos, ni de la infinidad de novelas traducidas del francés, que tambien se venden enormemente, porque nada de esto pertenece á la literatura. Si en algun capítulo del arancel puede encajarse esos productos, será en el de drogas y artículos venenosos....

Lejos de mí la idea absurda de pretender que los productos de la inteligencia en los tres órdenes de que voy hablando (literarios, científicos, artísticos) obtengan en España la retribucion magnífica que obtienen en Inglaterra, por ejemplo, país incomparablemente mas rico que el nuestro; tampoco pretendo que se dé á sus autores, á mas de una cuantiosa remuneracion metálica, la grandísima consideracion que les dan los ingleses, y sobre todo los franceses, no solo mas ricos, sino mas adelantados que nosotros; siento decirlo. Un escritor, un sábio, un artista eminente, son allí considerados como príncipes. Su retrato se ve en todas las calles: su nombre anda en todas las bocas: no hay popularidad comparable con la suya. En España, todavía los pagamos menos en gloria que en dinero. Y sin embargo, yo creo que sin llegar á las cinco mil libras (sobre medio millon de reales) que vale por término medio á Carlos Dickens cada una de sus novelas, ni á los doscientos mil francos que recibe Mr. Thiers por cada uno de los tomos de su *Historia del Consulado y del Imperio*, no sería ningun escándalo que el que escribe en España algunos buenos libros, ganase con ellos lo suficiente, ya que no para ir en coche, á lo menos para mantenerse sin necesidad de recurrir á la proteccion del gobierno ó de la casa Real....

¡Proteccion! ¡proteccion! siempre estamos clamando en España por proteccion, y yo creo que la proteccion tiene perdida á España. Vuelvo á decir sobre esto lo que dije de la policía; parecemos unos menores de edad: para todo contamos con el Gobierno y para nada con nosotros mismos, que es cabalmente lo contrario de lo que deberíamos hacer. En el órden literario y artístico un poco elevado, la casa Real comparte con el Gobierno el honor de esa proteccion universal por la que siempre estamos piando. Si en España se publican todavía algunas obras importantes, costosas, de esas que hacen honor á un país, es solo porque contamos con las suscripciones del Gobierno y de la casa Real: las del público son una mera eventualidad, un accesorio: la base de la operacion estriba en aquellas. Si entre nosotros se pinta algun cuadro ó se labra alguna estatua, de seguro que al Gobierno ó á la casa Real presentará su cuenta el artista: ningun particular, ninguna corporacion, desde que no tenemos conventos, encarga jamás tales obras. Podrá haber alguna excepcion, pero ¡cuán rara!.... Una recuerdo porque es de las mas conocidas: la constituye el generoso y rico banquero don José de Salamanca.

De aquí nace que la literatura y las bellas artes obtienen entre nosotros lo que me atreveré á llamar una vida artificial. Tambien ellas son *mentira*.

Nos quejamos á veces, yo el primero, de que hombres verdaderamente sábios no escriban, no publiquen nada, y

se resignen á pasar su vida en la oscuridad, llevándose al sepulcro el fruto precioso de sus estudios y de sus observaciones: los acusamos de egoismo, de holgazanería, de ineptitud tal vez.... ¡Qué injusticia, á lo menos en algunos casos que todos podríamos citar! ¿Se ha calculado bien el extremo de abnegacion que se necesita en España para publicar lo que generalmente se llama un *libro serio*? Lo de menos es perder el tiempo y el dinero;—el tiempo, porque nadie lo lee; el dinero, porque nadie lo compra. Lo peor es que tambien el pobre autor suele perder el crédito de *hombre de provecho* que tal vez tenia antes de haberlo publicado. Pensar que un editor vaya á ofrecerle por su manuscrito un solo real, es pensar en lo escusado. ¡Gracias, si se lo imprime de balde! así son tan raras las obras serias que llegan á imprimirse. Y este mal data ya de antiguo entre nosotros. Pasma el número de escritos importantes, sobre todo de *memorias históricas*, que han quedado inéditos entre nosotros. Llenos están de ellos nuestros archivos: de aquí la oscuridad que aun existe en algunos puntos esenciales de nuestra historia nacional. Todo son estrechos en el mundo: en Francia hay la manía de publicarlo todo: hasta el mas insignificante apunte dejado por el mas insignificante ministro antiguo ó moderno, con tal de que tenga una pequeña sombra siquiera de interés político, ó histórico, ó literario, vé la luz pública: entre nosotros guermen bajo el polvo de los siglos en los archivos de Simancas, de Aragón y Valencia, en la Biblioteca Colombina y en otras cien, interesantísimos documentos, luz de nuestra historia, y gracias á la *proteccion del Gobierno*,—gracias sobre todo al ilustrado patriotismo de los Bofarull, Salvá, Baranda, Muñoz y otros pocos, no pasamos por el desdoro de que necesiten venir los extranjeros á enseñarnos lo que tenemos en casa.

¿A quién no humilla y aflige ver los folletines de todos nuestros periódicos, exclusivamente ocupados por traducciones del francés? ¿y casi lo mismo los anuncios de nuestros teatros? ¿y lo mismo tambien las listas de nuestras obras de texto en letras y ciencias?

Una brillante excepcion, muy honrosa para España, tengo que consignar aquí, antes de dejar este triste tema del trabajo intelectual, poco ó mal retribuido en gloria y en dinero. Constituyen esa excepcion las obras de Balmes, muy leídas, muy compradas en España. Todo es excepcional en esas obras inmortales: aunque españolas, dieron á su autor fama y provecho en su patria: aunque españolas tambien, han traspasado nuestras fronteras, y son celebradas, y están traducidas en casi todos los países de Europa. Entre nuestros escritores contemporáneos solo recuerdo que hayan obtenido este honor, á mas de Balmes, el conde de Toreno y Donoso Cortés.

XLIX.

Madrid, diembre, 1856.

¡Que salga el autor! ¡que salga el autor!

Estas palabras que resuenan en casi todos los estrenos de piezas nuevas, son una confirmacion mas de que tambien en nuestros teatros, *todo es mentira*, y por cierto que

esta mentira me parece una de las mas repugnantes, porque de ella se hace cómplice todo el público con una docilidad ovejuna. De esta suerte, á fuerza de prodigar sin discernimiento las distinciones mas lisonjeras, llegamos á quitarles todo su valor y *toda su verdad*.

Veinte años há se estrenó en el teatro del Príncipe el interesante drama *El Trovador*, de don Antonio García Gutiérrez. El entusiasmo que produjo aquella primera produccion de un jóven, entonces desconocido en la república literaria, fué tan grande como merecido: todo el público á una, electrizado por aquel inesperado triunfo, pidió que *saliera el autor*, y el autor salió, pálido, conmovido hasta lo sumo, agoviado por decirlo así bajo el peso de aquel desusado honor: era la primera vez que semejante distincion se dispensaba en nuestros teatros. Yo que era á la sazón muy jóven y acababa de regresar de París, donde la habia visto dispensada tambien por primera vez en el teatro de la *Porte Saint Martin* á los jóvenes autores de *Farruk el Moro*, Víctor Esconce y Augusto Lebras, que por cierto acabaron poco despues su existencia desastrosamente con un suicidio, contribuí en gran manera á aquella magnífica ovacion, estimulando á los tibios, acalorando aun mas á los exaltados, y multiplicándome por decirlo así en todos los ángulos del teatro para gritar desde todos: ¡*Que salga el autor!* Añadiré que el carácter que yo tenia entonces de director de un periódico literario muy influyente, *El Artista*, daba no poca autoridad á mi mediacion personal en el asunto.... Perdonésemeste recuerdo y no se tome á jactancia: á falta de glorias propias, no creo que se me pueda negar sin injusticia el mérito, si alguno hay en esto, de haber celebrado con sincero entusiasmo las de los demás. Así empezó, repito, en nuestros teatros la costumbre que hoy ha llegado á ser lo que todos vemos; una irritacion, casi una vergüenza. El mas chapucero autor, ¿qué digo? traductor de cualquier piecicilla en mala prosa, cuenta en su vida literaria veinte triunfos como el del señor García Gutiérrez: al mas insignificante *arreglo* que ve estrenar en la escena, grita el público maquinalmente: ¡*Que salga el autor!*—y el autor sale como un bendito, lleno de emocion..... Presumo que en la mayor parte de los casos, aquella emocion debe ser tambien mentira.

L.

El *Diario de Avisos* es el gran receptáculo de mentiras que debe estudiar á fondo el que quiera conocer bien las costumbres de Madrid. Uno de los rasgos característicos de estas costumbres es el de que, por regla general, nadie aquí quiere parecer lo que es, y nadie quiere ser lo que parece. Raro es el día en que no publica el susodicho *Diario*, no uno, sino muchos anuncios vaciados en este molde.—«Una señora sola, ó bien un matrimonio sin hijos que ocupa una hermosa habitacion en uno de los parages mas céntricos de la corte, cederá una sala y dos gabinetes (ó tres ó cuatro, ó una docena, segun y conforme) con asistencia ó sin ella.

»Se advierte que no es casa de huéspedes.»

Y yo pregunto; si esa no es una casa de huéspedes, ¿qué es? Si esa señora sola no es una patrona de huéspedes, una pupilera, como dicen en Andalucía; si ese ma-

rimonio sin hijos no se dedica á la muy lícita y muy honrada industria de hospedar forasteros mediante una retribucion convenida, qué es aquella señora *sola* y á qué se dedica este matrimonio infecundo?

Y sigo preguntando: ¿Qué significa eso de *ceder* una sala y dos gabinetes ó tres? ¿Se ceden de balde ó por dinero? Si de balde, como parece indicarlo el tono protector y caballeresco del anuncio, me parece generosidad muy intempestiva, y que nadie irá á aceptar á menos de ser muy descarado: si es por dinero, eso no se llama en castellano *ceder*, sino arrendar ó alquilar.

Por último, ¿á qué no expresar claramente la calle, el número y el piso de la casa cuyas piezas se ceden? ¿por qué no decir la verdad? ¿por qué decir la mentira?....

Considerados á la ligera, tales anuncios solo descubren su lado ridículo: estudiados á fondo, como he solido estudiarlos yo, dan ocasion á reflexiones muy dolorosas, porque revelan una de las mas horribles llagas de nuestra desvenecijada máquina social. Es tal hoy en España, para desgracia y oprobio de la actual generacion, la inestabilidad de todas las posiciones oficiales, que no es raro encontrar en aquella señora sola, reducida á ejercer de una manera vergonzante la profesion de patrona de huéspedes, á la viuda ó á la hija de un hombre á quien esta ó la otra combinacion política dió, en un momento dado, tratamiento de excelencia y bandas y coche. En aquel matrimonio sin hijos ó con ellos que tambien ejerce de la propia manera la misma industria, ocultándolo al público por una especie de pudor muy respetable sin duda y de que seria muy cruel burlarse, se encuentra acaso, reducido á la condicion de *cesante*, un antiguo y probo servidor del Estado, que habiendo tal vez manejado enormes caudales, tuvo la *imprevision* de no quedarse con ellos para el dia en que el capricho de un ministro absoluto, como lo son los nuestros desde que somos libres (antes lo eran los reyes) en pago de su probidad y de sus servicios le dejase en la calle!...

¿Le dejase en la calle! hé aquí una frase que tambien merece estudiarse: los modismos familiares de un pais suelen ser un excelente comentario y como un vivo reflejo de sus ideas y costumbres. La expresion corriente en España para significar que á un empleado público le han quitado el empleo, es decir que le han *dejado en la calle*: no parece sino que *la calle* es ya la única morada, el solo refugio que queda en el mundo al que no tiene empleo. No hay escape: ó empleado ó vago, disyuntiva que seria una cosa muy ridícula, sino fuese muchas veces una verdad muy triste;—y sino, que lo diga la Puerta del Sol, toda llena de vagos que han sido empleados, y de empleados que han sido y pronto volverán (de seguro) á ser vagos. Algunos añaden á la significativa frase que voy comentando la de *le han dado un puntapie*, para significar gráficamente la cortesía con que se acostumbra dejar en la calle á los pobres espulsos de alguna posicion oficial. No sé por qué me disuena tambien la otra frase vulgar con que, para expresar que á uno le han dado un empleo ó destino, se dice que *le han colocado*, lo cual parece argüir que antes andaba errante, fuera de su sitio y de todo sitio, como cosa perdida. Tampoco me parece feliz la sinonimia de empleo y destino. ¡El destino! ¡Fatal! ¡una idea tan grande aplicada á una cosa tan pequeña! Traducido literalmente este vocablo á otra lengua con la acepcion que nosotros le damos, resalta con evidencia esa

especie de profanacion: así lo prueba la famosa despedida proverbial en los factos diplomáticos:

Mr.... *prend congé pour son destin*.

Algunos añaden al nombre de Mr. *attaché dans la cour de....*, como un perro; pero lo creo adorno gratuito, *floritura*. Por último, la expresion de *cesante* me parece tan ignominiosa para la filosofía de nuestra lengua como para la moralidad de nuestra administracion. No parece sino que, en el mero hecho de dejar de estar empleado, el hombre *cesa....* cesa de un modo absoluto y no hace ya en este mundo otra cosa mas que *cesar*.

LI.

Pero no quiero echar á broma lo que considero el principal origen de casi todos los males que afligen á nuestra nacion: hablo de la inseguridad en las posiciones oficiales.... ¿qué digo *inseguridad*? de la completa seguridad de perderlas al menor vaiven de la política activa, en que viven con rarísimas escepciones todos los que las ocupan. Es una mala vergüenza lo que pasa entre nosotros en este punto: en ningun pais del mundo se comprende siquiera tan repugnante escándalo. En esto, como en otras muchas cosas, hemos pasado de un extremo á otro: antes los empleos se heredaban de padres á hijos, como los apellidos. Habia algunos que venian á ser patrimonio de determinadas familias, como el de archivero de Simancas, vinculado desde el reinado de Felipe II, si mal no recuerdo, en la de los Ayajas, verdadera dinastía de archiveros. Un empleo era una propiedad tan sagrada como otra cualquiera. No necesito decir lo que hoy sucede. Juzgan algunos que esto es efecto de las revoluciones por que hemos atravesado, pero no lo creo. Inglaterra, Francia y otros paises han pasado por revoluciones espantosas, de las cuales no han sido las nuestras mas que un pálido remedo, y ya lo he dicho, ni aun idea se tiene allí, ni aun se tuvo en medio del mayor ardor de la fiebre revolucionaria, de ese insolente desprecio de los derechos adquiridos, de ese insensato olvido de los intereses públicos, de esa fria crueldad que supone en nuestros partidos todos la costumbre general de inaugurar su efímera dominacion con un inmenso número de destituciones. La ruina de millares de familias es la consecuencia inmediata de cada cambio ministerial; de aquí ¡cuántos odios! ¡cuántos desórdenes y cuántas semillas de inmoralidad! ¿Se ha calculado bien la perturbacion profunda que traen al Estado esas continuas perturbaciones parciales introducidas violentamente en el seno de tantas familias, siendo como es, inmenso por desgracia en España, el personal de empleados?... Decia yo que esto supone un insensato olvido de los *intereses públicos*, porque en efecto, téngase bien entendido que en esas destituciones en masa, baldon de nuestros partidos, el servicio público es el que mas padece: el erario público es el mas sacrificado. Decia tambien que suponen una *fria crueldad*, porque realmente se necesita tener el alma muy atravesada para sumir de un golpe en la miseria y esponder á sus harto frecuentes consecuencias, no ya á un hombre, ni á dos, ni á ciento ó mil, sino á las familias que de ellos de-

pénden, á los padres ancianos, á los niños inocentes. Entradas de tigre deben tener los ministros que, sin razon muy justificada, hacen tan cruel uso de su poder ilimitado. Crueles, llamamos á Danton y á Marat porque mataban con el hierro. ¿Lo serán menos los que matan con el hambre?...

Pero la mayor parte de nuestros ministros no obran por malicia. O incapaces de hacer otra cosa, *hacen vacantes*, para que no los acusen de que no hacen nada; ó las hacen (y esto es lo mas comun) para colocar en ellas al pariente ó al amigo... y vamos viviendo.

No hablo de hoy: esta es España de medio siglo á esta parte. Nos hemos acostumbrado á llegar *al límite* de todos los derechos, y porque los ministros tienen el de remover empleados, creen de buena fé que no hacen mas que usar de él cuando en realidad abusan odiosa y neciamente. Esta es la verdad.

Todos lamentan ese indigno abuso y claman porque se le ponga remedio con una buena *ley de empleados*. Lo juzgo una gran simpleza. Nada remediará una ley, por buena que sea, nada absolutamente. Digo de esto lo que dije de la policía, lo que dije de la libertad: ó la opinion pública ha de remediar el mal, ó el mal no tiene remedio entre nosotros; en cuyo caso, sépase que caminamos derechos á una disolucion social: ni mas ni menos. El dia en que toda persona decente desprecie cual se merece al ministro tonto ó malo que abuse del poder que tienen y *tendrán siempre los ministros* (porque esto es de esencia en toda buena administracion) de nombrar y separar á sus empleados, desaparecerá el escándalo: mientras este siga pareciendo cosa muy natural y aun obtenga el aplauso de muchos, es escusado que el Consejo Real se moleste en preparar y las Cortes en discutir cortapisas á la arbitrariedad ministerial. Esas cortapisas serán un estímulo más para el abuso. ¿No es adagio entre nosotros que *hecha la ley, hecha la trampa*?

Nada prueba mejor que este dicho el extravío de ciertas ideas en nuestro país. En vez de amar y venerar la ley, nuestro pensamiento fijo es discurrir el mejor medio de eludirla. Vale más que no haya ley de empleados: con ella el abuso sería mayor y doble el escándalo, pues además se infringiría una ley. Lo digo como lo siento.

LII.

A proporcion hay mas lujo en Madrid que en París y en Londres;—lujo exterior, se entiende, de ese que se ve y se luce por fuera, no del otro lujo interior y *confortable*, cuyo centro es Londres y que á mí me parece el verdadero. Solo en Madrid he visto por las calles y á pié, señoras vestidas con ricos trages y caballeros con guantes color de caña: en nuestros bailes, en nuestras grandes reuniones, asombra la riqueza, si no el buen gusto, de algunas *toilettes*: por último, en nuestros paseos públicos, el número de los hermosos y elegantes carruages que se ven, no me parece que guardan proporcion con el estado general de lo que hoy se llama las *fortunas* y siempre se ha llamado los *caudales* particulares. En una palabra, creo que en Madrid, por lo comun, se gasta mas de lo que se debiera en lucirlo, y no se atiende bastante ni á ciertos gastos siempre honorosos, y aun obligatorios en ciertas posiciones elevadas, ni

lo que es todavía mas importante, á la obligacion que tienen todas las familias de ahorrar ó capitalizar algo para los que vengan detrás. La máxima vulgar que enseña *el que venga atrás, que arrée*, se me figura demasiado practicada entre nosotros. Habiendo vivido muchos años en el extranjero, he tenido ocasiones frecuentes de saber lo que nuestros paisanos, y sobre todo nuestras paisanas gastan en objetos de mero lujo, traídos de fuera:—en los grandes almacenes de París (de modas, por supuesto) tenemos fama los españoles, ¡triste fama en mi opinion!. En cambio se nos conoce poco en las librerías, nada entre los *marchands* de lo que allí se llama *objetos de arte*, esto es, antigüedades curiosas, buenos cuadros, porcelanas, bronceos y estatuas que no son de *pacotilla*; y sin embargo, la posesion de esta clase de objetos me parece á mí que constituye el lujo mas racional, por el buen gusto que revela, y el mas verdadero, porque es el mas caro.

Convengo en que cada uno es dueño de gastar su dinero como le parezca, pero permítaseme lamentarme de que en Madrid se gaste tanto, sin provecho alguno para el país, pues casi todo ese dinero se vá Francia, sin compensacion alguna, mas que la de satisfacer una estéril vanidad. Y este mal es muy grave, no solo bajo el aspecto económico, sino bajo otros mil.

LIII.

¿A dónde va á parar nuestra sociedad con esa moderna plaga del lujo que se ha desarrollado en su seno como una lepra, y que si no se le pone coto pronto, pronto, pronto, amenaza nada menos que disolver sus vínculos mas sagrados con el virus de una espantosa desmoralizacion! Acaso á primera vista parecerán exageradas estas palabras: yo creo sinceramente que espresan la pura verdad y que una de las mas urgentes atenciones de la prensa debería ser hoy, en Madrid, como en toda Europa, atacar de frente en su ya peligrosísimo progreso esa locura del lujo, que no se destruirá con leyes (*leyes suntuarias*, que dicen los doctos) sino con las armas del sarcasmo y sobre todo de la razon, la cual siempre acaba *por tener razon*.

Que el lujo moderno amenaza ya de un modo serio á la sociedad ¿quién puede dudarlo? Existen hoy dos clases de lujo igualmente generalizadas, igualmente ruinosas y que en realidad son inseparables una de otra: el lujo en las personas, el lujo en las cosas: ahora bien, se necesita ser ciego para no ver que ambos lujos han llegado en Madrid (y creo que lo mismo en todas partes) á un grado de exageracion, por no decir de desenfreno, que no guarda ya proporcion alguna con los recursos ordinarios de la clase media, la mas importante en las sociedades modernas. Divídese esta clase en dos grandes secciones: la de las familias que viven de sus rentas, y la de las que viven del trabajo retribuido de alguno de sus individuos: muchas participan de estos dos recursos á la vez, perteneciendo de hecho á ambas secciones. Las primeras, en su inmensa mayoría, disfrutan una renta corta: desde el momento que esa renta es cuantiosa, ya la familia sale de lo que se llama la *clase media*, pasando de un salto, sin necesidad de pruebas ni mas ejetoria que su dinero, á la *clase alta*, es decir, á la aristo-

cracia. Hasta cierto punto, lo mismo puede decirse de las familias que viven del trabajo retribuido de alguno ó algunos de sus individuos (profesion científica, industrial ó mercantil, empleo público ó siquiera simple oficio manual): si esa retribucion es muy reducida, la familia que de ella vive corresponde al *pueblo*; pero si es muy cuantiosa, cáteme V. una familia encaramada á la aristocracia, siquiera el caudal que la sostiene se haya adquirido vendiendo embuchado debajo de los portales de Santa Cruz, ó prestando á ciento por diez. En este punto lo propio sucede en Francia y aun en mayor escala: no así en Inglaterra, donde todavía hay algo que no se adquiere con dinero. Para mi propósito de encarecer los peligros del lujo, tengo que prescindir de la clase baja y de la muy alta,—es decir, de la muy pobre y de la muy rica: de aquella porque necesariamente está todavía muy lejos del abuso; de la segunda porque al cabo puede costearle, aunque yo creo que hace mal en dar esa estéril y poco honrosa direccion á sus caudales. Solo hablaré de la verdadera clase media, compuesta en España, como en todas partes, de posiciones modestas, debidas á caudales medianos. ¡Pues bien! en esas posiciones modestas, en las que el orden y la economía son, ó mas bien deberían ser tanto como una virtud, una necesidad, aun el observador mas superficial descubre á primera vista la manía del lujo, producto infecundo de la vanidad y de la tontería adunadas en marriage nefando....

Siento decirlo, pero creo que el sexo hermoso, al que todos los hombres debemos especiales respetos y cariño, aunque no sea mas que porque á él pertenecen nuestras madres, es el que mas alta lleva la bandera del estravio que voy lamentando. Las mugeres son las grandes sacerdotisas del abominable culto tributado hoy en el mundo al Becerro de oro! ellas son las que por satisfacer su sed de lujo, impelen á los hombres en general, y á sus maridos en particular á posponerlo todo á la primera y perentoria necesidad de ganar mucho dinero. Si los hombres hacen las leyes, las mugeres hacen las costumbres: sobre las mugeres cae, pues, la mayor responsabilidad de todo lo que tienen de materialista, de interesado y de repugnante á toda alma un poco levantada las costumbres modernas. Y obsérvese una cosa muy singular, tanto que parece que contraría hasta las leyes de la naturaleza:—en todas las especies de seres animados, los individuos de cada sexo hacen lo posible por agradar á los del otro. Nosotros, los hombres, por ejemplo, es seguro que si nos componemos y acicalamos, es principalmente por parecer bien á las mugeres; lo propio hacen á su modo, los leones con respecto á las leonas; lo mismo las tortolillas con respecto á sus melancólicos galanes. Y es lo natural; solo las mugeres se desviven, se arruinan y nos arruinan y pierden la chaveta por parecer bien... á las mugeres! De los hombres no se les importa un bledo. Saben que para nosotros siempre están bien, si son bonitas (¿cuál no cree serlo?),—y cuanto mas vestidas mejor. Entiéndase *vestidas*, no en contraposición á *desnudas*, sino en el sentido de muy peripuestas. ¡No estoy vestida! dice muy formal una señora, cuando está en modesto traje de casa, esto es, cuando no va medio desnuda, ó lo que es lo mismo, en traje de baile. ¡Confusion de las ideas! No se citará (salvo honrosas quanto raras escepciones) el caso de una esclava de la moda que haya hecho el sacrificio de añadir una rosa á su peinado

ni una cinta del valor de dos cuartos á su falda, por parecer bien á su marido, si es casada, á su amante si es soltera,—y se citarán ¡ay! muchos casos de damas elegantes que han sacrificado, unas hasta el pan de sus hijos, otras hasta el honor de sus padres, por el placer absurdo de ir barriendo con los encages de sus volantes los barrotes de las calles, no á fin de parecer mas hermosas á los hombres (no llega su insensatez á tanto), sino para que la amiga ó la rival esclamen al verlas;—*¡Qué bien puesta vá!*....

¿Es deseo de agradar ó de mortificar á sus prójimas en lo mas íntimo de su vanidad y de su envidia? indudablemente es lo segundo, pero para el caso es lo mismo, y por cierto que la ruindad de su origen en nada atenúa, antes muy al contrario, la fealdad de ese sentimiento. Con doble motivo, no teniendo como no tiene por objeto ese desatinado lujo personal de las mugeres cautivar la voluntad de los hombres, no puede alegar por excusa el natural instinto mugeril á que los franceses dan el nombre de *coqueteria* en su buen sentido, esto es, en el de agradar al otro sexo: no es pues mas que un mal sentimiento de loca vanidad el que las arrastra, no á parecer mas hermosas, sino mas ricas á los ojos de los que las miran.

Y esto que digo es de una evidencia palmaria. ¿Cómo han de figurarse, por ejemplo, que aumenta su hermosura un vestido que arrastra? Bien saben que lejos de aumentarla, la disminuye ó la oculta; pero dan por bien empleado este sacrificio á trueque de establecer, á favor de esa moda extravagante, la *necesidad* de pisar alfombras y de salir siempre en coche; medida económica seguramente, pues lo que se ahorraría yendo á pié, no equivale á lo que se gasta arrastrando una falda por la calle. Todo está calculado para que no se pueda excusar el coche, *por economía*! A fin de que no tenga el diablo por donde dejarle, el lujo moderno es hasta hipócrita. Su cualidad dominante es sin embargo la de *envidioso*. Porque las señoras de alta esfera, nacidas y criadas en la opulencia, adoptan un modo de vestir adecuado á sus grandes recursos y á su género de vida, es preciso de toda precisión que las que no tienen esos recursos ni pueden hacer la misma vida, adopten el mismo modo de vestir: no hay remedio: así lo exige la moda, esa veleidosa tirana del sexo debil. Y por consiguiente la muger del pobre diablo que gana á duras penas un mezquino sueldo, ha de plantificarse el mismo estrafalario sombrerete de qué sé yo qué y cintajos (precio, una onza) que usa la opulenta banquera, para *no cubrirse* con él la cabeza y tener que tirarlo al basurero en cuanto le dé un poco el aire ó pase la moda. ¿Qué mas? hasta la linda tendera que pasa el día midiendo varas de *moiré antique* (cuando no son hombres barbudos los que se emplean en tan varonil faena....—¡Oh mengua de nuestro sexo!)—y aun la doncella de labor condenada por el hado adverso á vivir cosiendo para otras, han de usar precisamente las mismas mangas irritantes que han puesto hoy (1) en moda el lujo y la holgazanería juntos, y cuya descripcion por escrito es imposible. Es preciso verlas de cerca para creer en ellas: ni son mangas, ni dejan de serlo; ni cubren el brazo ni lo dejan descubierto: como el contenido de las calderas puestas á la lumbre por las brujas de Macbet, son una *cosa*

(1) Esto se escribía á fines de 1856.—Véanse los figurines de la época.

sin nombre,—ó bien un *nombre sin cosa*... ¿Si querrán también persuadirnos las damas que esas dichas mangas realzan su belleza? Harto saben que sus únicos méritos son costar muy caras por la infinidad de perifollos de que constan,—exigir una renovación incesante,—é imposibilitar cualquier ejercicio, por que se enganchan en todas partes; moda muy elegante para una emperatriz, muy irracional para cualquier señora de la clase media.

Pero aun queda por recordar lo mejor, y es esa magnífica redondez que se dan las damas, de la cintura para abajo, convirtiendo esa parte de su cuerpo en una campana de catedral, en un globo, en una pollera,—en cualquier cosa, en fin, que no sea la graciosa y delicada forma de un cuerpo mugeril. Ventajas de esos vestidos son: 1.^a desfigurar completamente á la persona que los lleva, igualando á la vieja con la joven, á la flaca con la gorda, á la bien con la mal hecha; 2.^a ser extraordinariamente incómodos para la persona que los usa y para todos los que la rodean; 3.^a consumir un incalculable número de varas de tela; 4.^a imposibilitar el paso por toda puerta regular; 5.^a exigir un coche entero para cada dama que va á un baile y quiere llegar *bien hueca* (el marido, el padre ó el hermano pueden subirse al pescante, ó á la trasera, ó irse á pie, como gusten); 6.^a..... pero ¿á qué cansarme? Sería el cuento de nunca acabar ir enumerando todas las *ventajas* de tamaño dislate.

Suponen algunos maldicientes que las viejas y las contrahechas son las *autoras* de esa moda monstruosa de los mirriñaques, renovada sin ningún criterio de los tontitos de nuestras abuelas, lo mismo que de la de las faldas que arrastran, y en suma, de todas las que tienen por objeto aparente ocultar las deformidades naturales ó disimular los estragos que suele hacer el tiempo,—ya en la cabeza, despojándola cruelmente de su natural corona de oro ó de azabache — (*el pelo*, para decirlo sin perifrasis), de donde proceden las gorras, los moños empingorotados y demas *coifures* estrepitosas,—ya en otras partes del cuerpo menos expuestas á las miradas indiscretas, á lo cual en todo tiempo se ha procurado proveer por medios secretos, con disimulo: hoy se hace con cinismo. Recuerdo que cuando yo era muchacho, una pobre señora pasó gran bochorno en el Prado y la fué corriendo la gente porque se la cayó el..... creo que entonces se llamaba *polisson* (picaruelo). Hoy las jóvenes y las hermosas apelan públicamente á los artificios del tocado, inútiles para ellas, con el mismo entusiasmo que las que los necesitan. ¿No es esto una verdadera locura?

Lo mismo hacen las inglesas y las francesas, dirán algunos.—Ciertó que sí, pero entonces, ¿por qué estamos siempre ponderando los españoles nuestra *característica sensitez*?

LIV.

Hasta aquí no he examinado más que algunos accidentes grotescos del lujo personal de las mugeres: hasta aquí la cosa no pasa de ser meramente ridícula: lo serio, lo terrible está en sus consecuencias inmediatas. En primer lugar, como todo en este mundo tiende á equilibrarse, y

cada antecedente trae por necesidad su consecuente, cada gasto supérfluo en el vestido, por ejemplo, trae consigo la inevitable secuela de otros cien, enlazados unos con otros de una manera insensible: la suma de estos gastos representa al cabo del año, ó de dos, ó de diez (es cuestión de tiempo), la ruina ó el deshonor de muchas familias. Poco á poco se va contrayendo el hábito de gastar más de lo que se tiene. Empeñado ya el amor propio en sostener una posición superior á los recursos con que lícitamente se cuenta, hay que apelar á *medidas extraordinarias*; de aquí, en unos, esa fiebre de lucro inmediato que ahoga todos los buenos sentimientos y todas las nobles inspiraciones; de aquí, en otros, mas osados y mas impacientes todavía, esos grandes escándalos que con tanta frecuencia vienen á afligir á la sociedad, y que, en el lenguaje corriente, se llaman apostasías políticas, — disturbios matrimoniales, — quiebras más ó menos fraudulentas, etc., etc.—Unos venden su conciencia; otros trafican con su honra;—aquellos roban, no á mano armada, lo cual sería menos villano, sino con abuso de confianza, la hacienda pública ó la privada. En todos estos desórdenes, bien puede asegurarse que la desenfrenada pasión del lujo entra como causa determinante de cada cien casos en los noventa y nueve.

Pero sin remontarnos tan alto, veamos otra consecuencia de esa plaga y demos por terminado este enojoso asunto. En lo que voy á decir, y lo juzgo exactísimo, si las mugeres tienen la principal culpa, también son ellas las que principalmente la pagan. El resultado necesario del excesivo lujo que hoy gastan las mugeres es retraer á los hombres de casarse: el número de las jóvenes condenadas á lo que vulgarmente se llama vestir imágenes, es hoy excesivo en la clase media, y *lo será cada día mas*. No hay remedio: es de todo punto imposible que un hombre que no sea muy rico ó esté ciego de amor (cosas ambas rarísimas) se decida á cargar con las obligaciones del matrimonio, tales cuales las ha forjado fatalmente el lujo moderno. Dicen las mugeres que los jóvenes del día se han vuelto muy interesados, y que al informarse de una soltera núbil, nunca preguntan: ¿Es virtuosa? ¿Es linda? ¿Tiene talento? sino:—¿Es rica? Pero dígame de buena fé: ¿Pueden hacer otra cosa? ¡Son tan contadas las mugeres que tienen virtud y talento bastantes para contentarse con la hermosura que Dios les dió, sin aspirar locamente á realzarla, —á perderla mas bien, con ruinosos aliños!.....

No estoy porque se den leyes para reformar las costumbres; pero creo que había de surtir buen efecto una ley que prohibiese esos aliños á toda muger *que no fuese vieja y fea*. Ninguna volvería á usarlos de seguro hasta los sesenta inclusive.

Las damas tendrán la bondad de perdonarme si las ofende lo que he dicho: tengan por cierto que el más sincero interés por su bien guía mi pluma. Conociendo la inmensa cuanto legítima influencia que ejercen sobre la sociedad, á la que moral y materialmente dan la vida, á ellas ante todo me he dirigido. Bien se me alcanza que también los hombres solemos dejarnos llevar de una vanidad pueril, empleando en el atavío de nuestras barbudas y poco graciosas personas casi tanto esmero y lujo como las damas. Lo confieso con rubor. Hay sin duda hombres muy maricas, muy presumidillos; los hay que creen estar muy interesantes con un chaleco *traído de París*, ó pasán-